

EL CALLADO SUICIDIO DE UNA CIVILIZACIÓN

ALEJANDRO NAVAS (UNIVERSIDAD DE NAVARRA)

El debate en torno al aborto, que apasionó a la opinión pública en su momento, se ha acallado en buena medida porque la parte abortista, a pesar de haberse impuesto en la práctica, se ha quedado sin argumentos. Los crecientes avances científicos han resuelto de un plumazo las cuestiones debatidas a finales de los años sesenta. Hoy ya no tiene sentido que mujeres proabortistas salgan a la calle con la pancarta "Mi cuerpo es mío".

El pasado 29 de noviembre se celebró en Rusia por primera vez el Día de la Madre. Una triste coincidencia quiso que en ese mismo día el Ministerio de Sanidad ruso hiciese públicas unas estadísticas sobre la práctica del aborto en el país. El resumen no puede ser más elocuente: el número de abortos duplica al de nacimientos (2,6 y 1,3 millones, respectivamente, en 1996). Se calcula que, en la actualidad, siete de cada diez embarazos se ven "interrumpidos". Uno de cada diez abortos afecta a mujeres menores de diecinueve años y todos los años abortan más de dos mil mujeres menores de catorce años. Y para los recién nacidos las expectativas no son de lo más halagüeñas, pues se calcula que el 17% muere durante el primer año de vida, según datos de 1997. Aun con todo, en este punto se registra un avance, pues ese porcentaje era del 22% en 1980. A estos datos cabe añadir las palabras de la viceministra de Sanidad, **Tatiana Stukolowa**, quien declaraba que alrededor del 20% de los matrimonios rusos no puede tener hijos. Es más de la mitad de los casos, la causa de la esterilidad son las secuelas de los abortos practicados a esas mujeres en su juventud.

La vicepresidenta del Gobierno responsable de la política social, **Valentina Matwijkeno**, se dirigió a la opinión pública para manifestar la preocupación de su gobierno por esa evolución. Anunció el objetivo de reducir, en el plazo de un año, el número de abortos en un 10%, y en un 50% el de mujeres que mueren al abortar, pero, al mismo tiempo, reconocía que no sabía cómo lograrlo. El Gobierno está seriamente preocupado, añadía la señora **Matwijkeno**, porque la maternidad ha perdido prestigio social en los últimos años, con el consiguiente descenso del número de mujeres que quieren tener hijos.

Esta tendencia no se invierte sólo con llamamientos y exhortaciones, pero el Gobierno no sabe qué hacer. Es indudable que el principal factor que lleva a las mujeres a abortar es la penuria económica. Se calcula que la mitad de los 23 millones de familias rusas con hijos vive por debajo del límite que define oficialmente la pobreza. A la necesidad económica se añaden factores culturales que desembocan en el poco aprecio que se tiene a la vida del no nacido. Por desgracia, falta todo debate en torno a esta cuestión fundamental.

La enfermera Crouch

En el otro extremo del continente europeo tenemos, en cambio, un gobierno que sí sabe lo que hay que hacer: seguir el ejemplo de Hayesfield, un colegio de Bath. Gran Bretaña es el país de la Unión Europea con la tasa más

alta de embarazos en adolescentes, y resulta comprensible que las autoridades estén muy interesadas en disminuir esas cifras. Hayesfield parece haber encontrado un método eficaz para lograrlo: distribuir la “píldora del día después” a las alumnas entre catorce y dieciséis años los lunes por la mañana. **Viv Crouch**, enfermera del colegio, explica que las alumnas que han practicado el sexo durante el fin de semana sin haber adoptado las debidas precauciones pueden notificarlo a la enfermera el mismo lunes antes del comienzo de las clases. Ésta las envía con discreción a la consulta de un médico vecino, quien les suministra la píldora que impide la anidación en el útero del óvulo fecundado. La señora **Crouch** no olvida que desempeña su trabajo en un centro docente, por lo que subraya con énfasis que ella misma habla con el médico para asegurarse de que las alumnas son recibidas en las pausas entre clase y clase, de modo que no se pierdan el colegio.

Sobre la “interrupción del embarazo” la señora **Crouch** no habla una sola palabra. La enfermera, eso sí, se muestra muy satisfecha de su labor, pues desde que se ha implantado la consulta de los lunes, el número de embarazos entre las alumnas ha disminuido con gran rapidez. Siente por las chicas un sincero aprecio lleno de comprensión: “Todos cometemos algún error de vez en cuando”, sentencia. El lector no acierta de entrada a saber en qué consisten esas equivocaciones que la benevolencia de la enfermera disculpa con tanta facilidad; parece que más que en la promiscuidad sexual radicarían en la omisión de las medidas que deberían haber evitado los embarazos. El gobierno británico comparte la satisfacción de la señora **Crouch**, pues el Ministerio de Sanidad ha recomendado como modelo el ejemplo de Hayesfield.

El “truco” del caso holandés

Hemos dado un salto de Rusia a Inglaterra, y puede ser oportuno ampliar todavía el ámbito de consideración, pues ahora disponemos ya de datos globales. El Instituto Alan Guttmacher (Washington) acaba de presentar un estudio sobre el aborto en el mundo. Aun suponiendo que el Instituto haya trabajado con el máximo rigor posible, es probable que se pueda dudar de la fiabilidad de alguna de esas cifras, aunque no sea más que por la heterogeneidad de las fuentes manejadas. Pero es igual de seguro que tendrán al menos un valor indicativo.

Según ese informe, todos los años se realizan en el mundo 26 millones de abortos, lo que equivale a una media de 35 abortos por cada 1.000 mujeres. En estos momentos, por tanto, el aborto se cobra más víctimas al año que la Segunda Guerra Mundial en su conjunto. La tasa más alta se da en Europa del Este: casi 100 abortos por 1.000 mujeres en Rusia, 80 en Rumanía. España e Irlanda, con una tasa en torno a 10 por 1.000, ocupan el otro extremo de la escala, lo que no extraña a la vista de la restrictiva legislación vigente en esos países, afirma el Instituto.

Habría que matizar tal vez lo relativo a España. El informe sitúa a Holanda con la misma tasa que España e Irlanda, con la curiosa diferencia –señala– de que la legislación holandesa es muy liberal. En este punto el Instituto se equivoca. En efecto, el caso holandés se invoca de continuo por todos aquellos que quieren hacer creer que una legislación permisiva es la mejor política para conseguir disminuir el número de abortos. Las estadísticas

holandesas así parecían confirmarlo. Pero aunque se den por buenas esas cifras, hay que atender a la realidad que pretenden reflejar, y aquí se comprueba que la mayoría de los abortos practicados en Holanda ni siquiera se registran con esa denominación, sino que se tipifican sin más como “regulación de la menstruación”. Lo habitual es que, si a cualquier mujer se le retrasa el periodo una o dos semanas, se la someta a un legrado del útero. Por supuesto, sin antes llevar a cabo un test de embarazo. Se habla de un “acto médico” rutinario del que no hay que dejar constancia o dar parte a nadie. Algo similar ocurre ya con la eutanasia activa. La ley prescribe que es obligatorio dar el correspondiente parte a la autoridad sanitaria, lo que en realidad apenas se hace en la mitad de los casos, según una investigación encargada por el Gobierno. Al conocer los datos **Sorgdrager**, la ministra de Justicia, declaró: “Entonces, se ha comprobado que esa obligación no se ha impuesto en la práctica, por lo que la suprimiremos”.

“Acabemos con la hipocresía”

El caso holandés resulta muy ilustrativo del curso que han adoptado los acontecimientos, al menos en Occidente. De una parte, se confirma una vez más que tanto las personas como las sociedades no soportan a la larga vivir instaladas en la contradicción entre lo que se dice y lo que se hace. Es normal que entre ser y deber ser haya una cierta tensión, pues casi nunca logramos alcanzar todo lo que nos proponemos: los objetivos y expectativas se ven muchas veces defraudados. Esa falta de coincidencia se percibe como más dolorosa cuando nos movemos en el ámbito de la ética, del bien y del mal. Lo habitual es que el ser humano pase toda la vida intentando portarse bien sin conseguirlo por entero. Somos frágiles, débiles, inconstantes y, en ocasiones, malos sin más. Hace falta una cierta dosis de humildad para aceptar nuestra condición y reconocer lo que hacemos mal. Si la distancia entre el ideal y la realidad se hace considerable y uno no está dispuesto a esforzarse por mejorar, puede aparecer la hipocresía: ya que no se puede mostrar un comportamiento virtuoso, se intenta al menos salvar las apariencias.

Cuando en los años sesenta se inició en Occidente el debate en torno al aborto, éste fue, claro, uno de los argumentos que esgrimieron los partidarios de la liberalización: había que acabar con la hipocresía que, de una parte, implicaba la existencia de un derecho y una ética que lo condenaban y, de otra, la práctica masiva clandestina, aunque tolerada por los gobiernos. Era necesario poner de acuerdo teoría y práctica, normas y conductas reales. Y como la cuerda siempre se rompe por el lado más débil, ni se planteó la posibilidad de una política más eficaz en la lucha contra el aborto y antes aun en su prevención. Estaba claro que la modernidad y el progreso exigían la adaptación de anticuados códigos éticos y jurídicos a la nueva realidad. Gran Bretaña despenalizó el aborto en 1967 y a continuación lo hicieron otros países.

En general, los regímenes jurídicos de los países occidentales continúan postulando la protección del derecho a la vida como uno de los fundamentos del orden social, de modo que el aborto se sigue considerando un delito que tan sólo se despenaliza en algunos supuestos restrictivos. Pero parece claro que en este caso la ley no es más que papel mojado. La realidad se ha

impuesto sin contemplaciones, pues los requisitos que establecen las leyes se incumplen sin problemas y se da lugar por la vía de hecho a una simple ley de plazos. Como éstos tampoco se acaban de respetar, al final se desemboca en el aborto a petición. Abortar fetos tan desarrollados es complicado y sangriento, así que ya hay médicos europeos que abogan por dejar nacer a los niños y matarlos a continuación: en realidad, se trataría de hacer lo mismo, pero de forma mucha más segura para la madre y más sencilla para el médico.

Aludía antes a la vocación de coherencia que parece inscrita en nuestra condición. Una vez que, en principio, hemos puesto de acuerdo el derecho y la realidad, toca hacer lo mismo con la ética. La lógica de la situación exige que, si se da carta blanca para el asesinato de los no nacidos y a la vez se proclama solemnemente el valor de la dignidad humana (discurso de los derechos humanos...), surjan voces que nieguen la condición de persona a los embriones y a los fetos, y así ha ocurrido. Si no todos los seres humanos son personas –pues el ser personal es una cualidad que se hace depender de la presencia actual de determinados requisitos (autoconciencia, pensamiento racional, autodeterminación, memoria...)–, los hombres que no cumplen esas condiciones pueden ser entregados al verdugo sin especiales miramientos y los no nacidos son el primer y evidente grupo de riesgo. Luego podrán venir otros: ancianos, enfermos... La eutanasia cierra así el círculo de muerte abierto por el aborto. Y todo ha ocurrido sin hacer violencia a la dignidad de la persona humana, valor que en nuestra cultura ha alcanzado por fin, después de siglos de barbarie y oscurantismo, la estima y reconocimiento debidos. El hombre occidental puede así “tranquilizar” su conciencia: ser campeón de los derechos humanos, de la dignidad humana y de la democracia es algo compatible, como se ve, con la liquidación masiva de los no aceptados por los vivos o los más fuertes.

Un objetivo: “modernizar” el juramento hipocrático

El proceso de adaptación a la realidad llevado a cabo en los ámbitos jurídico y ético general llega ahora también al terreno más específico de la deontología profesional. Para estar a la altura de los tiempos, se dice, aquí hay que librarse del condicionamiento que significa el juramento hipocrático. Ese venerable texto es sin duda estimable y dice mucho (y bueno) del *ethos* de la medicina clásica, pero es un despropósito pretender que al cabo de más de dos mil años siga inspirando la práctica de nuestros médicos. Urge elaborar códigos deontológicos modernos que se hagan cargo de la situación actual. Y ya se han dado los primeros pasos para conseguirlo. Por iniciativa de la *British Medical Association*, la *World Medical Association (WMA)* estudia ahora un texto alternativo al tradicional juramento hipocrático.

Según informa el boletín *Noticias de la ONU*, uno de los borradores manejados dice en relación con el aborto: “Allí donde el aborto esté legalmente permitido, me comprometo a hacerlo legal y éticamente”. Al tratar de la eutanasia, se afirma que “la prolongación de la vida no es el único fin del cuidado de la salud”. Con normas de conducta como ésta, que equivalen a dar carta blanca, se asegura que ningún médico se planteará conflictos de conciencia por una concreta mala práctica. Al menos la clase médica, colectivo importante y prestigioso en nuestras sociedades, habrá alcanzado así uno de

los valores más característicos de la cultura dominante: sentirse bien, *to feel good*. Es evidente que no puede decirse lo mismo de las víctimas de ese tipo de práctica. Parece claro que se sienten bastante mal –basta con ver cómo se defienden los fetos ante la agresión que suele implicar el aborto–, pero como no pueden opinar ni, mucho menos, actuar como grupo de presión, no hay motivo para preocuparse.

Según parece, también la Organización Mundial de la Salud está estudiando una actualización de su código deontológico, en una dirección similar a la de la *WMA*.

Así pues, el mundo parece estar en orden o lleva camino de estarlo en breve plazo. Hemos acabado ya o estamos a punto de hacerlo con la hipocresía. Entre palabras y hechos ya no hay molestos desajustes que puedan incomodar a las conciencias delicadas. La práctica masiva del aborto está bien establecida y la de la eutanasia no tardará en llegar –el pionero experimento holandés, llamado a abrir camino, se desarrolla sin especiales complicaciones–.

Es verdad que aún quedan algunas voces recalcitrantes que siguen invocando un anticuado concepto de la dignidad humana para denunciar el atropello que significa el aborto –ahí están **Juan Pablo II** y buena parte del episcopado mundial, diferentes líderes religiosos, algunos incansables grupos *pro-life* y diversos intelectuales–, y, lo es también, que la inmensa mayoría de los médicos, que lógicamente sabe qué se trae entre manos, se sigue negando a practicar abortos, pero los pocos dispuestos a hacerlo bastan para mantener en funcionamiento esta maquinaria mortal.

Pero a pesar de que la estrategia ha tenido éxito y se han logrado los objetivos previstos, no hay verdadera alegría en los vencedores y sí, en cambio, un cierto rictus de crispación. Y es que no resulta tan fácil violentar impunemente la realidad. En el fondo todos saben que aquí se trata sin más de la liquidación a gran escala de millones de vidas humanas. La manipulación del lenguaje –interrupción voluntaria del embarazo, regulación de la menstruación...– puede confundir a los más incautos o ignorantes, pero al final engaña a muy pocos. La cirugía y la farmacología han progresado notablemente en los últimos años –ya tenemos incluso la píldora abortiva– pero, a pesar de toda la asepsia, en este negocio es inevitable acabar con las manos manchadas de sangre, y eso no hay eufemismo que lo borre. La industria de la muerte prospera con envidiables tasas de crecimiento, pero la alegría no es tal vez el rasgo más característico de la cultura corporativa de esa empresa.

Imágenes prohibidas

El debate en torno al aborto, que apasionó a la opinión pública en su momento, se ha acallado en buena medida, con las excepciones antes mencionadas, y la explicación es bien sencilla: la parte abortista, a pesar de haberse impuesto en la práctica, se ha quedado sin argumentos. Los recientes desarrollos de la genética y de la ecografía han resuelto de un plumazo las cuestiones debatidas a finales de los años sesenta. Hoy ya no tiene sentido

que mujeres proabortistas salgan a la calle con una pancarta en la que se lea “Mi cuerpo es mío”. Está claro que el embrión no es una especie de quiste o grano en el cuerpo de su madre. Una vez que con la unión del óvulo y el espermatozoide surge un nuevo programa genético distinto al de los padres, deja de tener sentido intentar localizar en momentos posteriores el comienzo de esa nueva vida. Cualquier determinación de ese tipo –tres días, tres semanas, tres meses o tres años– es igual de arbitraria y carente de fundamento.

Se ha producido incluso una circunstancia curiosa. Resulta sospechoso que los partidarios del aborto estén tan empeñados en que un tupido velo de ignorancia cubra todo lo relativo a su práctica. Califico de curiosa esta actitud porque contradice el talante general de la cultura contemporánea. Hoy pensamos más bien que la transparencia y la publicidad son valores positivos que deberían impregnar todo lo público, y no sólo lo relativo a la política. Lo que se sustrae al debate público se considera automáticamente como sospechoso: algo tendrá que ocultar cuando intenta esconderse de la mirada de los demás. Esta apertura se aplica también a lo que antes se consideraba privado o íntimo. Exhibicionistas y *voyeurs* están enfrascados en una carrera que ha derribado hace tiempo las barreras del pudor y el respeto a la intimidad más elementales. En *reality shows* y programas similares se exponen miserias y aberraciones de todo tipo. Los costes de producción son mínimos, las audiencias muy numerosas y crecientes los beneficios de anunciantes y emisores. Los focos y las cámaras no se detienen por más escabroso que parezca el asunto. Hay que suministrar emociones cada vez más fuertes a un público que de otro modo corre el peligro de acostumbrarse, aburrirse... y cambiar de canal.

En cambio, en el ámbito del aborto se practica una reserva que raya en el ocultismo. En lo posible, nada debe trascender. Y si a alguien se le ocurre, por ejemplo, difundir material audiovisual donde aparezcan imágenes de la realización de algún aborto o tan sólo de los restos del feto abortado, sufrirá una descalificación inmediata como nazi o fascista, desestabilizador del orden social. Parece como si nuestros ciudadanos, ahitos de escenas violentas tanto reales como de ficción, no estuvieran preparados para contemplar el asesinato del feto y tuvieran que someterse a una justificada –por esta vez– censura.

Un nuevo concepto de libertad

¿Qué nos dice esta inquietante evolución acerca de la sociedad y el hombre contemporáneos? Es verdad que siempre ha habido abortos –**Hipócrates** no hablaba por hablar–, pero la situación actual es única o novedosa en más de un sentido.

De una parte, está el carácter masivo de la práctica abortiva, como parece corresponder en buena lógica social a una civilización industrial y de masas. Los avances científicos y tecnológicos, que ya permiten disociar sexualidad y reproducción, hacen factible la universalización del aborto, de modo que nos encontramos ante un particular tipo de genocidio, por expresarlo con un término de moda. Aquí no es una especial característica racial, religiosa o social la determinante de la muerte de los no nacidos, sino su no aceptación

por parte de los vivos, de los padres y de los poderes públicos más en concreto.

De otra, es también novedosa la despenalización –que en la práctica equivale a la legalización– del aborto. Ya hemos visto que el hombre contemporáneo ha alcanzado un grado de civilización nunca visto. Su extremada sensibilidad y su afinada conciencia no le permiten actuar al margen de la ley y, mucho menos, incurrir en la denostada hipocresía. Parece patente que la manera más expeditiva de poner de acuerdo conductas y principios es adecuar estos últimos a las primeras. Se podría reprochar entonces que, si es verdad que hemos desterrado la hipocresía, ahora tenemos el cinismo, como ha puesto de relieve **Robert Spaemann**. Para acallar esas críticas, que procederían de una moral aún tributaria de una visión anticuada, se da un paso más y se presentan los logros abortistas como una auténtica conquista de la libertad, como un avance decisivo en el perfeccionamiento ético del ser humano, como un elemento esencial de los llamados derechos sociales. Resulta significativo, por ejemplo, que el partido abortista en Estados Unidos se denomine *pro-choice*. Late aquí una forma de entender la libertad característica de nuestra cultura moderna: libertad como emancipación, como liberación de todo tipo de tabúes, ataduras y prejuicios. En la práctica, libertad significa entonces ampliar al máximo el número de opciones, sin excluir ninguna. Tampoco el asesinato en el caso del aborto. Todo lo que se opone a mi voluntad o a mi capricho puede ser destruido. No hay nada que merezca un respeto incondicionado.

De esta forma, el aborto queda “normalizado”. Su presencia universal, su homologación ética y legal y la capacidad que tiene el hombre para acostumbrarse a lo más insólito, supuesto que se repite con la necesaria frecuencia, hacen que pronto adquiera carta de plena ciudadanía en nuestra sociedad. Además, como nos indica la psicología, una conducta que se repite hasta llegar a ser habitual ya no necesita una particular justificación. El asesinato puede convertirse de esta forma en una rutina trivializada; es la banalidad del mal que **Hannah Arendt** vio en acción en gente como **Eichmann**. Este mecanismo también se aplica al aborto, que llega a ser algo que apenas despierta nuestra atención. Los que se dedican por oficio a analizar la realidad social rara vez reparan en él. A título de ejemplo: si uno examina el índice temático del concienzudo volumen *La sociedad española 1995-1996*, dirigido por **Amando de Miguel** comprobará que entre las 240 voces registradas en el índice temático (de “abstemios” a “xenofobia”) falta el aborto, y eso que en la contraportada del libro se nos anuncia que la investigación trata los asuntos que preocupan a los españoles, tanto en la plaza pública como en el recogido ambiente de la vida privada. Parece que las decenas de miles de víctimas que se cobra al año el aborto en España no son algo digno de mención. Además, el público, cuando es encuestado, manifiesta estar preocupado por otras cuestiones.

Siempre ganan los fuertes

Pero esta “normalidad”, que aparenta ser signo de civilización y madurez, no consigue esconder del todo la brutalidad de los hechos. La alevosa liquidación de tantos millones de inocentes refleja un inquietante

embrutecimiento del hombre contemporáneo. Se diría que, a pesar de la sofisticación alcanzada por nuestros ordenamientos jurídicos, en realidad hemos vuelto a la ley del más fuerte. Por decirlo en términos kantianos: abandonamos el estado de civilización para recaer en el de naturaleza. **Calicles** y **Nietzsche** están de enhorabuena. “Lo justo se define como la autoridad del fuerte sobre el débil”, hace decir **Platón** al primero. Y el pensador alemán, retomando expresamente la posición de **Calicles**, desenmascara la idea de bien común: en realidad, no hay más que fuertes y débiles y el dominio de los primeros sobre los segundos. La invocación del diálogo no sería más que un truco de los débiles para intentar domesticar a los fuertes y sacudir ese dominio.

Como ya advirtió en su momento el diputado socialista alemán **Adolf Arndt**, la legalización del aborto equivale a la capitulación del estado de derecho, que había consistido precisamente en el sometimiento voluntario del más fuerte al imperio de la ley. Supuesto que se admita –lo que es mucho conceder– que entre la madre y el feto se da un insuperable conflicto de intereses, no deja de ser terrible que la solución sancionada por la ley sea la muerte de la parte más débil, el feto, a manos precisamente de aquellos a cuyo cuidado está entregado. El seno materno, lugar acogedor y seguro por excelencia, se convierte así en una trampa mortal, en el punto negro de la carretera de la vida, situado además en su mismo comienzo, donde se registra la mayor mortalidad. No extraña que, una vez instaurado en el caso del aborto, este principio de solución se aplique igualmente a la eutanasia. Si consideramos que los ancianos y enfermos molestan y dan excesivo trabajo, y su atención entra en conflicto con otros intereses o preferencias de sus cuidadores, terminar con ellos es la manera más efectiva de resolver esa enojosa situación.

Parece claro que si no se adoptan medidas especiales, en la vida social siempre acaba imponiéndose el más fuerte, que hará valer su criterio de modo arbitrario. Por eso en Occidente nos podemos enorgullecer con motivo de haber superado ese primitivo estado de cosas y haber establecido en su lugar procedimientos más adecuados para dirimir con ciertas garantías de imparcialidad los inevitables conflictos que surgen entre los hombres. Y no obstante, a pesar de lo consolidado de nuestros logros, hay que vigilar sin descanso para evitar que los fuertes atropellen a los débiles. En el ámbito económico, por ejemplo, esta preocupación se manifiesta en la existencia de leyes antimonopolio. Hay que evitar que los más poderosos, después de haber hecho desaparecer a los pequeños, dominen los mercados e impongan su ley. El debate público propio del régimen democrático asegura que se escuchan todas las voces y que también los legítimos intereses de grupos minoritarios se tendrán en cuenta. Resulta lamentable, pero los no nacidos tienen evidentes dificultades para articular sus demandas concretas que, sin duda, se condensarían en una: respeto a su derecho a vivir.

La difusión masiva del aborto ha modificado con radicalidad las condiciones de ingreso del hombre en la sociedad. Hasta ahora, ése era un proceso natural, es decir, espontáneo y en buena medida ajeno a la intervención del hombre. Una vez que la unión sexual había dado su fruto, un nuevo ser venía al mundo si nada lo impedía. Ahora las cosas han cambiado. Nacer ya no es algo espontáneo, sino que se ha convertido en objeto de una expresa decisión adoptada por los vivos –por la madre en primer lugar, como

es lógico, pero no sólo por ella—. Las sociedades occidentales se parecen cada vez más a esos clubes selectos y exclusivos donde los nuevos socios ingresan por cooptación.

Ha sido también **Robert Spaemann** el que ha puesto de manifiesto lo descomunal de esta nueva situación. ¿Quién es el hombre para decidir acerca de la existencia de otros hombres? Nuestra capacidad de decisión se ve claramente sobrepasada. En un comienzo, la decisión afectaba al mero hecho de existir o no, pero ahora se extiende también al tipo de existencia. Los avances de la ingeniería genética van a hacer pronto posible determinar a voluntad las características de los hijos. La reproducción humana —que, como se recordará, ya no depende tan sólo de la unión sexual entre hombres y mujeres— incorpora así también las últimas tendencias de la producción industrial: los clientes pueden definir los rasgos del producto que van a adquirir, ya sea un coche o unos vaqueros (la compañía *Levi's* anuncia ya pantalones fabricados en serie a la medida de cada comprador), y la cadena de montaje combina con eficacia la producción en masa con la individualización de los productos. Esta mención a la industria no es del todo inoportuna porque, aunque ahora no me voy a extender en su consideración, tanto el aborto como la tecnología reproductiva son también un floreciente negocio que mueve muchos millones (de dólares, se entiende). Casi ningún sector de la actividad humana escapa hoy al primado de la economía.

Balance del siglo XX

El siglo que termina ofrece el saldo de una abrumadora combinación de luces y sombras, de civilización y barbarie. Cabe suponer que esta polaridad no sea más que el reflejo de la radical ambivalencia que define al ser humano, capaz de lo mejor y de lo peor.

Cuando algo llega a su fin, y mucho más si es tan redondo como un siglo e incluso un milenio, resulta casi inevitable someterse a la convención de hacer balance. El historiador **Eric Hobsbawm**, buen conocedor de este periodo, afirmaba hace poco que el viejo siglo ha acabado mal. En su calidad de marxista, se refería más bien al fracaso de la utopía comunista, pero pienso que se puede mantener su juicio si nos ceñimos a algo tan básico como el respeto a la vida humana.

Nunca como en este siglo se ha apreciado tanto la dignidad humana y a la vez nunca ha sido tan pisoteada. Nuestra cámara de los horrores está bien surtida, casi rebosante: guerras mundiales, holocausto, campos de concentración, bombas atómicas y armas químicas, tortura y manipulación, genocidios, represión, limpieza étnica... Y para que quede claro que no se trata de procesos anónimos, no faltan conspicuos nombres propios en los que personificar tanto desafuero, desde **Stalin** y **Hitler** hasta **Idi Amin** y **Pol Pot**.

No sé si tiene mucho sentido establecer una clasificación de los horrores del siglo, pues si las comparaciones suelen ser odiosas, los muertos no son tal vez la materia más apropiada para establecerlas. En todo caso, parece que hay un cierto consenso que cifraría en el holocausto judío el culmen de la atrocidad posible en el ser humano. Ni se me ocurre pretender rebajar un ápice el horror de esa tragedia, pero como la comparación es una de las herramientas básicas

del trabajo sociológico, me atrevo a apuntar que la plaga del aborto no le va a la zaga e incluso la supera en cierto modo.

Aparte de la diferente magnitud de los dos fenómenos –a este paso, dentro de algún tiempo los muertos en el holocausto serán unas gotas en el mar de las víctimas del aborto–, la indefensión del feto es mayor. El feto en el vientre de su madre está máximamente indefenso y no puede eludir su destino fatal: el limitado espacio del útero no permite esconderse o escapar. Y como ya he mencionado antes, son además sus más próximos los que ejercen de fiscal, juez y verdugo. En este proceso –no está de más cumplir con los procedimientos establecidos, pues somos gente civilizada–, que con frecuencia es sumarísimo, no hay abogado defensor. La situación es tan inhumana y terrible, que justifica considerar la aceptación social del aborto como la mayor tragedia del siglo XX.

Al comentar las estadísticas sobre el aborto en Rusia que he citado al comienzo, el periódico moscovita *Komsomolskaja Prawda* atribuía esas cifras tan elevadas a la pérdida de la confianza en el hombre y en la sociedad. Una sociedad que no cree en sí misma no merece que se le entreguen los propios hijos.

Y como tampoco se espera nada del futuro, el aborto se convierte así en el callado suicidio de todo un pueblo.

Alejandro Navas
Pamplona 1999